



El juego del Quijote. Metodología didáctica basada en la teoría de Gonzalo Torrente Ballester

Borja Rodríguez Gutiérrez

El problema básico de la explicación del Quijote, durante la enseñanza secundaria, en nuestros días, es el rechazo que muchos adolescentes sienten hacia la lectura de los clásicos y más cuando esos clásicos tienen las dimensiones de la obra de Cervantes.

Por ello es necesario presentar la obra desde un punto de vista diferente, que permita fomentar actividades de investigación, de análisis, de debate. *El Quijote como juego*, de Gonzalo Torrente Ballester ofrece una excelente oportunidad para abordar la lectura del Quijote de forma atractiva para los alumnos. No en vano el origen de la obra, como dice el mismo autor, son las clases que el propio Torrente Ballester daba en bachillerato.

Este trabajo pretende dar unas indicaciones someras sobre la forma de utilizar la obra de Torrente en la actualidad. De acuerdo a los actuales programas de Bachillerato, la obra de Cervantes se estudiaría en el curso 1º. El planteamiento didáctico aquí descrito necesita de 10 a 12 sesiones para desarrollarse.

Punto primero. Tres contradicciones

A pesar de que los alumnos no hayan leído el Quijote, sí que podemos contar con que conozcan de manera muy somera el personaje. Por ello es fácil plantear a los alumnos la siguiente hipótesis de trabajo:

Alonso Quijano es un hombre de unos 50 años que enloquece. Durante muchos años su manía ha sido leer y leer historias de caballeros que viajaban por el mundo y en su viaje encontraban todo tipo de aventuras, batallas, gigantes, fantasmas y maravillas. En su locura se cree uno de esos caballeros y ve el mundo a su alrededor transformado: por todas partes encuentra criaturas que sólo existen en su imaginación. A pesar de los golpes y las desventuras que por ello le ocurren sigue loco sin remedio.

En esta primera parte de la explicación vamos a presentar a los alumnos tres episodios de la obra que contradicen esa primera hipótesis. El método de trabajo básico es el debate y debemos intentar, haciendo preguntas a los alumnos sobre los textos comentados, que sean ellos mismos los que adviertan las contradicciones¹.

Primera contradicción: Aventura de los rebaños. (Texto 1)

Situación: Don Quijote y Sancho ven de lejos la polvareda que levantan dos rebaños de ovejas en la lejanía. Don Quijote se empeña en que se trata de ejércitos y ante Sancho inventa las identidades de unos y de otros y proclama su intención de auxiliar a uno de los dos bandos. Sancho, mientras tanto, se ha dado cuenta de que se trata de rebaños de ovejas y advierte a Don Quijote de su error. Éste no le hace caso y arremete contra las ovejas dando gritos. Mata más de siete hasta que cae bajo las pedradas de los pastores.

Debate: En primer lugar preparar el debate hablando de la postura de un caballero que ataca, montado a caballo y armado con una lanza, a otros caballeros. Dibujar, si es posible la postura del caballero con la lanza paralela al suelo para embestir contra el pecho del oponente.

Por pequeño que fuera Rocinante sería más alto que cualquier oveja, por lo que es imposible que Don Quijote acierte a alguna. Y sin embargo mata más de siete.

Los alumnos deben debatir esa interpretación:

Si Don Quijote está loco y en vez de ovejas ve a caballeros enemigos atacaría al uso de un torneo. Podría asustar a las ovejas galopando entre ellas, pero nunca herirlas

Si Don Quijote acierta a herir y matar a las ovejas, lleva la lanza de otra manera y hiere hacia abajo para alcanzarlas. Lo hace además corriendo tras ellas, y sin preocuparse de que algún enemigo le ataque por llevar su lanza baja. Es decir: ve perfectamente las ovejas, sabe lo que son y en ningún momento las confunde con ejércitos.

Segunda contradicción. Apuros del ventero. (Texto 2)

Está Don Quijote en la venta del camino a la que él se refiere como castillo. Las mujeres de la venta le van a pedir ayuda pues unos huéspedes pretendían marcharse sin pagar, el ventero les ha descubierto, y ha estallado una pelea en la que el ventero lleva la peor parte. Don Quijote al principio accede a ayudarlo, pero luego se lo piensa mejor y dice que se trata de «gente escuderil» y que por lo tanto tal acción le corresponde a Sancho. Después el narrador nos saca de la acción y cuando vuelve a ella nos encontramos con que Don Quijote ha solucionado el problema convenciendo a los huéspedes de que su obligación es pagar.

Hay que advertir a los alumnos de que al final del capítulo XVII este mismo ventero y sus criados han dado una paliza a Sancho, cuando Don Quijote y él se marchan de la venta.

Debate: Explicar a los alumnos que el problema se soluciona cuando Don Quijote convence a los huéspedes que se quieren ir sin pagar. El narrador no nos presenta la acción sino que nos dice: *Ya a esta sazón estaban en paz los huéspedes con el ventero, pues, por persuasión y buenas razones de don Quijote, más que por amenazas, le habían pagado todo lo que él quiso.*

Aquí es necesario explicar la diferencia entre la acción presentada (ocurre ante el lector) y la resumida (el narrador nos da una versión de esa acción, pero no nos permite verla).

El punto que tiene que salir en el debate es que, forzosamente, para convencer a los huéspedes deudores, Don Quijote ha tenido que adoptar la personalidad de Alonso Quijano. Pues como Don Quijote sigue sin ver una venta, sino un castillo, y un castellano, en vez de un ventero. Don Quijote comprendería que los huéspedes se marcharan sin pagar, pues eso es lo que hace un caballero andante, al que en todas partes se le da alojamiento y comida en pago a sus hazañas. Precisamente es lo que él hizo cuando estuvo por primera vez en esa misma venta: marcharse sin pagar. Por lo tanto es imposible que en su personalidad de Don Quijote convenciera a nadie por *persuasión y buenas razones*. Y si reconoce la necesidad de pagar al ventero porque ese es su negocio y de él vive, ya no se trata de Don Quijote sino de Alonso Quijano.

Hay que añadir dos elementos más para hacer aparecer en el debate:

- La habilidad con la que el narrador consigue hurtarnos el episodio, quitándonoslo literalmente de nuestras narices: *Pero dejémosle aquí, que no faltará quien le socorra...* nos dice mientras la narración vuelve a Dorotea.
- La fina ironía de Don Quijote cuando se encuentra al ventero que diera la paliza a Sancho recibiendo a su vez una paliza: *llamadme aquí a mi escudero Sancho, que a él toca y atañe esta defensa y venganza*. ¿Qué es lo que quieren decir en realidad esas palabras? Recordar a los alumnos que Sancho ha sufrido una paliza por parte del ventero, también por irse sin pagar.

Tercera contradicción. La cesión de los pollinos. (Texto 3)

Don Quijote anuncia a Sancho que, siguiendo el modelo de Amadís de Gaula, va a retirarse a las montañas a hacer penitencia, por los desdenes y desprecios que le hace su amada Dulcinea. Para que ésta pueda enterarse y se compadezca de él, Sancho le va a llevar una carta y como pago de ese servicio Don Quijote promete a Sancho darle tres borricos que tiene en sus tierras. Cuando llegan al sitio donde Don Quijote decide que quiere quedarse a hacer penitencia, Sancho se dispone a irse para cumplir los encargos de Don Quijote. Don Quijote escribe la carta a Dulcinea en una hoja de un libro de memorias que lleva con él y ante la exigencia de Sancho de que también escriba la cesión de los asnos lo hace en la misma hoja de papel en la que ha escrito la carta a Dulcinea, al dorso. La carta a Dulcinea la firma con su sobrenombre de *El Caballero de la Triste Figura*, pero la libranza de los asnos (escrita en una imitación cómica del lenguaje mercantil que juega con el contraste de la carta anterior a Dulcinea) se niega a firmarla, y sólo pone una rúbrica².

Se propone a los alumnos la siguiente cuestión: ¿Por qué no firma Don Quijote?

El objetivo es hacer ver, durante el debate el conflicto en el que se encuentra el personaje. Está actuando como un caballero andante, haciendo penitencia en las montañas, sufriendo por su amada y, en fin, viviendo una situación que es de Don Quijote. Como tal caballero andante firma la carta: *El Caballero de la Triste Figura* que es otro nombre de la misma identidad: Don Quijote de la Mancha. Si al dorso de la carta a Dulcinea, en el mismo papel, firma como Alonso Quijano, reconoce que no es Don Quijote y que sabe que no lo es, cosa que echaría al traste todo el juego que está manteniendo. Pero por otra parte, firmar la cesión de los asnos como Don Quijote es inútil y la sobrina de Alonso Quijano no haría caso a un documento firmado por un nombre que no es el de su tío. Y Sancho sabe todo eso muy bien pues en todo ese capítulo y en el anterior lleva exigiendo que la libranza de los pollinos esté debidamente firmada. Es sólo el ardid de la rúbrica que identifica sin nombrarlo que permite a Don Quijote salir del atolladero, ardid que indica que la inteligencia de Don Quijote está muy despierta.

Conclusiones que podemos sacar de estas tres contradicciones:

- Don Quijote no aparece aquí como un loco, o al menos su locura no es la que se supone: no ve visiones ni se imagina cosas inexistentes. Antes bien parece contar con un agudo sentido de la realidad.
- El narrador no es enteramente de fiar.

Punto segundo. El juego y los jugadores

En este punto es necesaria una explicación a los alumnos. Hay que dejarles claros algunos elementos con los que no están familiarizados y que son imprescindibles para la comprensión del juego, o del doble juego que hay en el *Quijote*.

1. El juego del narrador

El narrador del *Quijote*, según nos dice él mismo, no es el autor de la novela. Lo que él hace es coger un manuscrito antiguo que ha encontrado y traducirlo y adaptarlo. Evidentemente el sistema del manuscrito hallado es antiguo y ha sido utilizado muchas veces. Y también es cierto que hay una intención burlesca en este recurso que muchas veces es muy perceptible.

Pero también, por otra parte, es muy útil para el juego. Porque el narrador juega al despiste, a ocultar, a engañar al lector, a no contarle cosas o a dar su interpretación de ellas. Y no hay que olvidar que según el mismo narrador dice, no es el autor de la novela, sino otro lector. La única diferencia es que leyó la novela antes que nadie y en lugar de transcribirla tal cual, está haciendo una versión de ella, que es la que leemos nosotros. Pero en tanto que lector, su interpretación de los hechos y su valoración de los personajes es una opinión más, tan válida o tan inválida como la de cada uno de nosotros. Por otra parte ya hemos visto que nos escamotea hechos (los deudores del ventero) y más adelante vamos a ver (los pellejos de vino) que hace todo lo posible por engañar al lector, presentando sus opiniones como si fueran hechos.

2. El juego de Don Quijote

Para entender a Don Quijote hay que comenzar con entender a Alonso Quijano. Explicar lo que es la vida en un pueblo perdido de La Mancha, en donde no hay nada que hacer y donde la monotonía lo invade todo, hasta la comida de cada día. Ante esa situación un hombre al que su clase social le condena a una cierta soledad (un hidalgo en tierras de labradores, pero no tan rico como para poder disfrutar de esa riqueza), llegado a la frontera de los cincuenta años, busca una solución a esa vida que no le promete nada más que una inacabable serie de repeticiones, sin una familia con la que vivir, sin hijos en los que poner sus esperanzas, sin ningún objetivo que pueda percibirse.

Al principio lee, y lee de todo, como se puede ver en la lista de libros de su biblioteca. Pero en seguida se especializa en los libros de caballerías, y sus inacabables, fantásticas y maravillosas aventuras. ¿Qué le ofrecen? Lo que todos los libros de aventuras han ofrecido siempre; el viaje, la posibilidad de abandonar el mundo rutinario y aborrecido y encontrar otros. Y Alonso Quijano queda seducido por ese viaje y decide emprenderlo. Como ya no hay caballeros andantes eso es imposible. Pero Alonso Quijano decide actuar para conseguir lo imposible, para hacer que lo irreal sea real.

Y lo consigue mediante un truco: va a hacer como si fuera un caballero andante y como si en el mundo hubiera caballeros andantes. El juego está en no aceptar nunca que su visión es fantástica, que el mundo es diferente a cómo él dice que lo ve. Por eso a partir de ahora va a afirmar públicamente que es un caballero, que hay gigantes y castillos, princesas y encantadores. No para buscar aventuras por sí mismas, sino para escapar para huir de ese muerto en vida que es Alonso Quijano.

¿Locura? En muchas ocasiones se ha dicho que la vida es un juego y que el juego es la vida. Para Alonso Quijano convertirse en Don Quijote no es una locura: es una necesidad. No aguanta ya la vida del oscuro y aburrido hidalgo manchego. Y la mejor prueba de lo racional que es esa conducta está al final del libro. Cuando Don Quijote, como leal jugador, cumple la penitencia que le ha impuesto el Bachiller Sansón Carrasco, vestido de Caballero de la Blanca Luna; cuando Don Quijote vuelve a ser Alonso Quijano, muere. A pesar de lo que le dice Sancho: *la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía*. Pero es superior a sus fuerzas. Ser Alonso Quijano es imposible. *Le iba la vida*, nunca mejor dicho, en convertirse en Don Quijote. Cuando le quitan eso, le quitan la vida y Alonso Quijano muere. Como Alonso Quijano no tiene nada más que la muerte por delante y como Don Quijote vive y es feliz. ¿Era una locura que Alonso Quijano quisiera ser Don Quijote?

Lector como es y aficionado a la literatura tiene dos medios básicos de transformación de la realidad: la similitud y la metáfora. Por similitud Quijano se transforma en Quijote, un rocín en Rocinante y Aldonza (ldnz) en Dulcinea (dlzn). La metáfora hace que los molinos se transformen en gigantes por que las aspas recuerdan a los brazos, los rebaños en ejércitos, porque dejan nubes de polvo, la bacía del barbero en yelmo de Mambrino, etc... (Aquí hay que explicar que es una bacía y que es un yelmo).

Por eso alancea a las ovejas: la sangre es el elemento que da relación entre animales y enemigos: la metáfora está completa.

3. El segundo jugador. La necesaria presencia de Sancho

Sancho no aparece en la primera salida de Don Quijote, la salida que acaba en fracaso. Don Quijote comprende pronto que necesita a un compañero de aventuras, alguien que comparta su viaje, una compañía, *alguien con quien jugar*. Desde el principio Sancho va a presentar una visión alternativa a la de Don Quijote, una visión realista frente a la fantástica del caballero. Pero el cambio constante entre los dos personajes, el intercambio de personalidades y visiones va a ser muy perceptible cuando la novela avance. En muchas ocasiones esa aparente diferencia no va a ser tal y Sancho y Don Quijote van a ver la misma cosa.

4. Un episodio crucial: La aventura de los pellejos de vino. (Texto 4)

Hacia el final de la primera parte de la novela se anudan una serie de acciones diferentes. Se narran entrecruzadas, las historias de Luscinda y Cardenio y de Dorotea y Fernando. Se lee la novela de *El curioso impertinente*. Mientras todo esto ocurre el cura y el barbero llegan a la venta de Juan Palomeque, dispuestos a conseguir que Don Quijote vuelva a su casa.

Allí encuentran a Dorotea y piden su colaboración: Dorotea se fingirá una princesa guineana: la princesa Micomicona que viene a pedir el auxilio del caballero Don Quijote de la Mancha que libre a su reino del descomunal gigante Pandafilando de la Fosca Vista.

Don Quijote queda atrapado en su juego: como Don Quijote no puede oponerse a la petición de una princesa en apuros. Un caballero andante está obligado a aceptar una petición de auxilio de una princesa así amenazada. Como la misión que debe cumplir para la falsa princesa Micomicona incluye que Don Quijote la acompañe a su reino para allí derrotar al gigante, don Quijote queda desde entonces obligado a seguir a Dorotea allí donde vaya. Porque hasta que no culmine la misión encargada por la princesa Micomicona no puede acometer ninguna otra. Queda así atrapado en una cárcel que él mismo ha forjado con su palabra y sus reglas. Como buen jugador sigue las reglas del juego que él mismo ha creado.

Queda por tanto buscar una solución para evadirse, porque lo que está claro, como ya se dijo antes, es que Don Quijote no quiere volver a su casa a ser un Alonso Quijano.

Y de esa manera busca en el mismo juego la salida a la situación en la que se ha metido. Tiene que derrotar a un enemigo que por primera vez no es producto de su fantasía, sino de una fantasía ajena. ¿Y como lo consigue? Integrando a ese enemigo en su propia creación. Dado que el gigante es fantástico, le derrotará en una batalla fantástica, pero ahora no siguiendo las reglas de otros, sino imponiendo sus propias reglas. De nuevo las metáforas.

Es necesario explicar la situación inicial en la que nos encontramos. Don Quijote y Sancho están ausentes de la escena. Los restantes personajes están disfrutando de la lectura de una novela *El Curioso Impertinente*. Con esto se consigue un doble efecto de construcción. Conforme a las reglas de la novela de la época hay un entrecruzamiento de historias que sirven para aumentar el interés de lo narrado. Pero también se consigue así sacar a Don Quijote y Sancho de la escena, desviar la atención de sus actividades y así no presentarnos una escena que el narrador no quiere enseñar (es el mismo caso de los deudores del ventero).

Así llegamos a la aventura de los pellejos de vino. En un primer momento la situación parece una clara muestra de la locura de Don Quijote, el loco que ve visiones.

Lo vemos en el texto siguiente.

Texto de referencia

Salió Sancho Panza todo alborotado, diciendo a voces:

-Acudid, señores, presto y socorred a mi señor, que anda envuelto en la más reñida y trabada batalla que mis ojos han visto. ¡Vive Dios, que ha dado una cuchillada al gigante enemigo de la señora princesa Micomicona, que le ha tajado la cabeza, cercén a cercén, como si fuera un nabo!

-¿Qué dices, hermano? -dijo el cura, dejando de leer lo

que de la novela quedaba-. ¿Estáis en vos, Sancho? ¿Cómo diablos puede ser eso que decís, estando el gigante dos mil leguas de aquí?

En esto, oyeron un gran ruido en el aposento, y que don Quijote decía a voces:

-¡Tente, ladrón, malandrín, follón, que aquí te tengo, y no te ha de valer tu cimitarra!

Y parecía que daba grandes cuchilladas por las paredes. Y dijo Sancho:

-No tienen que pararse a escuchar, sino entren a despartir la pelea, o a ayudar a mi amo; aunque ya no será menester, porque, sin duda alguna, el gigante está ya muerto, y dando cuenta a Dios de su pasada y mala vida, que yo vi correr la sangre por el suelo, y la cabeza cortada y caída a un lado, que es tamaña como un gran cuero de vino.

-Que me maten -dijo a esta sazón el ventero- si don Quijote, o don diablo, no ha dado alguna cuchillada en alguno de los cueros de vino tinto que a su cabecera estaban llenos, y el vino derramado debe de ser lo que le parece sangre a este buen hombre.

Y, con esto, entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más extraño traje del mundo: estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué; y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo. Y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino; lo cual visto por el ventero, tomó tanto enojo que arremetió con don Quijote, y a puño cerrado le comenzó a dar tantos golpes que si Cardenio y el cura no se le quitaran, él acabara la guerra del gigante; y, con todo aquello, no despertaba el pobre caballero, hasta que el barbero trujo un

gran caldero de agua fría del pozo y se le echó por todo el cuerpo de golpe, con lo cual despertó don Quijote; mas no con tanto acuerdo que echase de ver de la manera que estaba.

Dorotea, que vio cuán corta y sotilmente estaba vestido, no quiso entrar a ver la batalla de su ayudador y de su contrario.

Andaba Sancho buscando la cabeza del gigante por todo el suelo, y, como no la hallaba, dijo:

-Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento; que la otra vez, en este mismo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente.

-¿Qué sangre ni qué fuente dices, enemigo de Dios y de sus santos? -dijo el ventero- ¿No ves, ladrón, que la sangre y la fuente no es otra cosa que estos cueros que aquí están horadados y el vino tinto que nada en este aposento, que nadando vea yo el alma en los infiernos de quien los horadó?

-No sé nada -respondió Sancho-; sólo sé que vendré a ser tan desdichado que, por no hallar esta cabeza, se me ha de deshacer mi condado como la sal en el agua.

Y estaba peor Sancho despierto que su amo durmiendo: tal le tenían las promesas que su amo le había hecho. El ventero se desesperaba de ver la flema del escudero y el maleficio del señor, y juraba que no había de ser como la vez pasada, que se le fueron sin pagar; y que ahora no le habían de valer los privilegios de su caballería para dejar de pagar lo uno y lo otro, aun hasta lo que pudiesen costar las botanas que se habían de echar a los rotos cueros.

Tenía el cura de las manos a don Quijote, el cual, creyendo que ya había acabado la aventura, y que se hallaba delante de la princesa Micomicona, se hincó de rodillas delante del cura, diciendo:

-Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa señora, vivir, de hoy más, segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también, de hoy más, soy quito de la palabra que os di, pues, con el ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.

Ahora bien podemos centrarnos en el párrafo sombreado que es el que más directamente describe la situación de Don Quijote.

Y, con esto, entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote en el más extraño traje del mundo: estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué; y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante. Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos, porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo. Y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino

Hay que pedir a los alumnos que examinen con atención este texto, recordando un elemento que antes se ha explicado: El narrador no es sino otro lector de la historia original, por lo que sus opiniones, son tan buenas, o tan malas, como las nuestras. Un examen atento de este párrafo revela la fuerte presencia del narrador, que hace suposiciones, opina y hace juicios, entremezclándolos con los datos, a veces en la misma oración y sin avisar de su proceder.

Por medio de preguntas hacemos que los alumnos vayan tachando todo aquello que les parezca opinión del narrador, para dejar esta escena reducido a los puros hechos. El resultado debería ser el siguiente:

Texto tachando opiniones y consideraciones del narrador

Y, con esto, entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a don Quijote ~~en el más extraño traje del mundo:~~ estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, ~~con quien tenía ojeriza Sancho,~~ y él se sabía bien el porqué; y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, ~~diciendo palabras como si verdaderamente estuviera peleando con algún gigante.~~ Y es lo bueno que no tenía los ojos abiertos,

~~porque estaba durmiendo y soñando que estaba en batalla con el gigante; que fue tan intensa la imaginación de la aventura que iba a fenecer, que le hizo soñar que ya había llegado al reino de Micomicón, y que ya estaba en la pelea con su enemigo. Y había dado tantas cuchilladas en los cueros, creyendo que las daba en el gigante, que todo el aposento estaba lleno de vino.~~

De manera que si escribimos ahora el texto resultante, eliminando lo tachado

Texto resultante de eliminar lo tachado

Y, con esto, entró en el aposento, y todos tras él, y hallaron a Don Quijote [...]: estaba en camisa, la cual no era tan cumplida que por delante le acabase de cubrir los muslos, y por detrás tenía seis dedos menos; las piernas eran muy largas y flacas, llenas de vello y no nada limpias [...]; tenía en la cabeza un bonetillo colorado, grasiento, que era del ventero; en el brazo izquierdo tenía revuelta la manta de la cama, [...]; y en la derecha, desenvainada la espada, con la cual daba cuchilladas a todas partes, [...] no tenía los ojos abiertos, [...]. Y había dado tantas cuchilladas en los cueros, [...] que todo el aposento estaba lleno de vino.

Don Quijote estaba combatiendo contra el gigante, eso queda claro en la escena. Indicamos a los alumnos que de momento no tratamos el tema de si está loco o cuerdo. Los lectores, al igual que el cura, el barbero, el ventero y los demás comprenden la situación en la primera mirada. ¿Quiénes eran los enemigos? Los pellejos de vino. ¿Y la sangre que se vierte en la batalla? El vino. La espada, claro está, es real. ¿Qué hace una manta arrollada al brazo? Sin duda representa el escudo con el que el caballero se protege en la batalla. Puestas así las cosas, la camisa representa la armadura y el bonete grasiento del ventero, el casco con el que se protege la cabeza.

¿Pero de dónde ha salido el bonete?

En este momento de la explicación hemos pasado ya varias fases con los alumnos.

1. Hemos seleccionado el texto sombreado para trabajar con él ya que es el que describe el estado de Don Quijote cuando aparece en escena.
2. Hemos tachado todo lo que es opinión del narrador y conjeturas suyas y hemos dejado el texto reducido a los hechos.
3. Hemos definido la situación (Don Quijote luchando con el gigante).
4. Pasamos a hacer a los alumnos las preguntas del significado de los elementos metafóricos.
 - o Pellejos - Gigantes

- Vino - Sangre
 - Espada - Espada
 - Camisa - Armadura
 - Manta - Escudo
 - Bonete - Yelmo
5. ¿Por qué tenía Don Quijote todos esos elementos a mano? ¿Los tenía todos? ¿De dónde ha salido el bonete?

La cuestión es crucial, pues si Don Quijote es un loco que en su fantasía se cree en batalla con Pandafilando y sus secuaces, lucha con lo que tiene a mano, sin preocuparse de si tiene yelmo o no. Si ve visiones también puede verse a sí mismo vestido con armadura completa. En cualquier caso cogería lo que tuviera a mano, lo que estuviera en la pieza donde dormía que es donde estaban los pellejos de vino.

Lo que de ninguna manera estaría ahí era el bonete colorado y grasiento del ventero, pues éste estaría en la alcoba del ventero. Para que Don Quijote tenga en la cabeza esa prenda hay que suponer una planificación: que alguien, Don Quijote o Sancho, que más da, hayan salido de la habitación, aprovechando la distracción de los demás con la novela, para buscar algo que pueda servir para completar la metáfora. De esta manera todos los elementos precisos para realizar la batalla contra el gigante están presentes en su forma metafórica, excepto, claro está, la espada, que es necesaria en su versión real, para agujerear los pellejos y hacer salir el vino, referente metafórico de la sangre.

Se puede pensar que el razonamiento es forzado. Pero nada más entrar los personajes al recinto donde Don Quijote ha agujereado a los pellejos, Dorotea lo abandona viendo la escasez de ropa de Don Quijote. Pero esto no le importa al caballero que bien sabe que Dorotea no es la princesa Micomicona ni nada que se le parezca. Rápidamente escoge al cura como princesa y receptora de sus palabras. ¿Por qué? Porque el cura tiene faldas y en eso se puede aparecer a una princesa. De nuevo la metáfora. (Hay que recordar que ésta es la única vez y la última que Don Quijote confunde al cura con la princesa Micomicona). ¿Cuáles son las palabras de Don Quijote? *Bien puede la vuestra grandeza, alta y famosa señora, vivir, de hoy más, segura que le pueda hacer mal esta mal nacida criatura; y yo también, de hoy más, soy quitto de la palabra que os di, pues, con el ayuda del alto Dios y con el favor de aquella por quien yo vivo y respiro, tan bien la he cumplido.* O lo que es lo mismo: He cumplido la misión y ahora soy de nuevo libre (*soy quitto de la palabra que os di*).

Pero hay un segundo punto en esta escena: la actitud de Sancho. Desde su aparición en la novela Sancho ha visto la realidad tal cual es. Tozudamente ha sostenido ante Don Quijote que los molinos eran molinos, los rebaños, rebaños y las cosas lo que eran. Pero por primera vez, y única, en toda la novela vemos a Sancho compartir las visiones de Don Quijote. ¿Por qué?

Hay que enfrentar a los alumnos a estas dos preguntas. ¿De dónde sale el bonete? ¿Por qué actúa así Sancho? E invitarlos a dar una explicación coherente que responda a las dos preguntas.

Hay todavía un detalle en esa escena que conviene tener en cuenta. Ya vimos antes como Don Quijote se ha vengado irónicamente del ventero que había apalizado a Sancho. El narrador vuelve a traernos el recuerdo de esta paliza cuando, refiriéndose a

la manta que Don Quijote usaba como escudo, dice *la manta de la cama, con quien tenía ojeriza Sancho, y él se sabía bien el porqué*. Es la manta con la que Sancho fue manteado (Capítulo 17). O sea que de nuevo vemos a Sancho devolviendo la pelota al ventero. Así también podemos considerar unas palabras de Sancho dichas ante el ventero para que éste las oiga: *Ya yo sé que todo lo desta casa es encantamento; que la otra vez, en este mesmo lugar donde ahora me hallo, me dieron muchos mojicones y porrazos, sin saber quién me los daba, y nunca pude ver a nadie; y ahora no parece por aquí esta cabeza que vi cortar por mis mismísimos ojos, y la sangre corría del cuerpo como de una fuente*. Recuerda aquí Sancho los golpes que sufrió en otro momento (Capítulo XVI) mientras dormía por obra y gracia del ventero y de Maritornes. ¿Quién se ríe de quien?

Punto tercero. El juego de Dulcinea

La invención de Dulcinea. (Texto 5)

El texto deja clara una cosa: la invención de Dulcinea es un acto consciente. Don Quijote no se imagina a una hermosa mujer a la que ama y con la que tiene relaciones porque sí. Es una necesidad del caballero andante: *no le faltaba otra cosa sino buscar una dama de quien enamorarse; porque el caballero andante sin amores era árbol sin hojas y sin fruto y cuerpo sin alma*.

Así inventa a Dulcinea y de acuerdo con su costumbre una vaga similitud le permite crear una metáfora: no le hace falta más, porque como caballero irreal necesita una amada irreal.

La defensa de esta dama es una defensa de su irrealidad. Dulcinea es una necesidad, una condición para que exista el personaje de Don Quijote. Pero ¿cuál es su reacción cuando se quiere presentar ante él a la auténtica Dulcinea?

La versión de Sancho. (Texto 6)

Sancho se entera del auténtico nombre de Dulcinea. Nos da entonces una descripción de la mujer que no gusta a Don Quijote, pero que probablemente sea bastante cierta.

-Bien la conozco -dijo Sancho-, y sé decir que tira tan bien una barra como el más forzado zagal de todo el pueblo. ¡Vive el Dador, que es moza de chapa, hecha y derecha y de pelo en pecho, y que puede sacar la barba del lodo a

cualquier caballero andante, o por andar, que la tuviere por señora! ¡Oh hideputa, qué rejo que tiene, y qué voz! Sé decir que se puso un día encima del campanario del aldea a llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y, aunque estaban de allí más de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre. Y lo mejor que tiene es que no es nada melindrosa, porque tiene mucho de cortesana: con todos se burla y de todo hace mueca y donaire. Ahora digo, señor Caballero de la Triste Figura, que no solamente puede y debe vuestra merced hacer locuras por ella, sino que, con justo título, puede desesperarse y ahorcarse; que nadie habrá que lo sepa que no diga que hizo demasiado de bien, puesto que le lleve el diablo. Y querría ya verme en camino, sólo por vella; que ha muchos días que no la veo, y debe de estar ya trocada, porque gasta mucho la faz de las mujeres andar siempre al campo, al sol y al aire. Y confieso a vuestra merced una verdad, señor don Quijote: que hasta aquí he estado en una grande ignorancia; que pensaba bien y fielmente que la señora Dulcinea debía de ser alguna princesa de quien vuestra merced estaba enamorado, o alguna persona tal, que mereciese los ricos presentes que vuestra merced le ha enviado: así el del vizcaíno como el de los galeotes, y otros muchos que deben ser, según deben de ser muchas las vitorias que vuestra merced ha ganado y ganó en el tiempo que yo aún no era su escudero. Pero, bien considerado, ¿qué se le ha de dar a la señora Aldonza Lorenzo, digo, a la señora Dulcinea del Toboso, de que se le vayan a hincar de rodillas delante della los vencidos que vuestra merced le envía y ha de enviar? Porque podría ser que, al tiempo que ellos llegasen, estuviese ella rastrillando lino, o trillando en las eras, y ellos se corriesen de verla, y ella se riese y enfadase del presente.

Para que los alumnos entiendan bien el contraste de la descripción de Sancho con la visión de Don Quijote podemos proponerles una versión moderna de las palabras de Sancho:

La conozco -dijo Sancho- y puedo decir que es capaz de arrojar un palo tan lejos como el joven más forzado del pueblo. Es una mujer valerosa, hecha y derecha, y estoy seguro que ella es más capaz de salir de un lío que cualquier enamorado que pueda tener. ¡Hija de puta! ¡Qué fuerza tiene y que vozarrón! Una vez subió al campanario a llamar a unos mozos que estaban lejos en el campo y la oyeron como si estuviera al lado aunque estaban a más de dos kilómetros y medio de allí. Y eso sí, es muy divertida, se va con todos y tiene mucho de puta (aquí hay que explicar que cortesana es una palabra de doble sentido).

La versión que da Sancho no es, sin duda, del agrado de Don Quijote, pero éste no niega lo que Sancho dice. Aldonza puede muy bien ser así puesto que él mismo reconoce que en doce años apenas la ha visto cuatro veces y que nunca ha hablado con ella. La defensa de Don Quijote va en una línea muy diferente.

Mas, para que veas cuán necio eres tú y cuán discreto soy yo, quiero que me oyas un breve cuento. «Has de saber que una viuda hermosa, moza, libre y rica, y, sobre todo, desenfadada, se enamoró de un mozo motilón, rollizo y de buen tomo. Alcanzolo a saber su mayor, y un día dijo a la buena viuda, por vía de fraternal reprehensión: «Maravillado estoy, señora, y no sin mucha causa, de que una mujer tan principal, tan hermosa y tan rica como vuestra merced, se haya enamorado de un hombre tan soez, tan bajo y tan idiota como fulano, habiendo en esta casa tantos maestros, tantos presentados y tantos teólogos, en quien vuestra merced pudiera escoger como entre peras, y decir: "Éste quiero, aquéste no quiero"». Mas ella le respondió, con mucho donaire y desenvoltura:

«Vuestra merced, señor mío, está muy engañado, y piensa muy a lo antiguo si piensa que yo he escogido mal en fulano, por idiota que le parece, pues, para lo que yo le quiero, tanta filosofía sabe, y más, que Aristóteles».

Esa es la respuesta de Don Quijote a Sancho, y para ser mejor entendido, concluye: *Así que, Sancho, por lo que yo quiero a Dulcinea del Toboso, tanto vale como la más alta princesa de la tierra.*

La primera pregunta que hay que plantear a los alumnos es qué significa la anécdota que Don Quijote cuenta: ¿Para qué quiere la viuda al mozo? ¿Para qué quiere Don Quijote a Dulcinea? ¿Se engaña alguno de los dos?

La siguiente es: ¿Por qué Don Quijote no niega la versión de Sancho? ¿Por qué no presenta a una Dulcinea bella, delicada, a una dama de la alta sociedad, a un espejo de perfecciones?

La respuesta es, claro está, porque Dulcinea es, muy probablemente, el marimacho que Sancho ha descrito. Pero a Don Quijote no le importa en absoluto. Le basta el recuerdo de que vio una vez a Aldonza, y acaso se enamoró o simplemente conservó el recuerdo de esa visión. Visión que pudiera ser de hace ya años (al fin y al cabo Don Quijote ya tiene cincuenta).

¿Qué más da como sea? Don Quijote lo dice muy claro: *bástame a mí pensar y creer que la buena de Aldonza Lorenzo es hermosa y honesta.* A Don Quijote le basta

con su pensamiento. No le importa nada la realidad. Al fin y al cabo en toda la novela no se va a entrevistar con Dulcinea, que nunca llega a ser un personaje y se queda en un nombre.

El regreso de Sancho. Contraste de versiones. (Texto 7)

Sancho afirma ante Don Quijote que ha cumplido su encargo y ha visto a Dulcinea. Don Quijote impaciente le pide detalles y Sancho describe a la amada de Don Quijote en términos muy parecidos a los del texto anterior.

Para entender la situación hay que poner en antecedentes a los alumnos.

-En primer lugar: Sancho no ha ido al Toboso, ni al pueblo de cuyo nombre el narrador no se quiere acordar. A poco de salir de Sierra Morena se encuentra al cura, al barbero y a su comitiva y vuelve con ellos. Todo lo que cuenta de su entrevista con Dulcinea es pura invención. Es decir que Sancho entra en el juego de Don Quijote y comienza a crear una fantasía que pueda ser admitida por el caballero. Todavía no perfectamente como veremos, pero sí que hay una invención.

-En segundo lugar Sancho no ha ido tampoco al pueblo a buscar los burros, porque con el juego de las cartas, las firmas y las rúbricas, Don Quijote no le ha dado el libro, con lo cual él no pudo reclamar los tres burros que ambicionaba. Dado el temperamento práctico de Sancho, que ya se ha visto claro en lo que va de novela, si hubiera tenido la libranza de los asnos, ni el cura ni el barbero, ni nadie le hubiera hecho quedarse. Aunque el cura y el barbero le cuentan el cuento de la princesa Micomicona, y de los tesoros que ésta puede darle, él siempre ha sido de los de más vale pájaro en mano... En otro momento que Don Quijote le ofrece una recompensa (en la segunda parte, en la aventura del encantamiento de Dulcinea) se entabla el siguiente diálogo:

-Vamos, Sancho hijo -respondió don Quijote-; y, en albricias destas no esperadas como buenas nuevas, te mando el mejor despojo que ganare en la primera aventura que tuviere, y si esto no te contenta, te mando las crías que este año me dieren las tres yeguas mías, que tú sabes que quedan para parir en el prado concejil de nuestro pueblo.

-A las crías me atengo -respondió Sancho-, porque de ser buenos los despojos de la primera aventura no está muy cierto.

Sancho siempre va a lo seguro. Por eso es fácil suponer su enfado al ver que la promesa de los asnos se había quedado en nada.

-En tercer lugar si Sancho ha venido ya «mosqueado» con Don Quijote, más lo está ahora, pues antes de la conversación entre ambos, Don Quijote, enfadado por la

insolencia de Sancho le ha dado un par de palos con el astil de su lanza, ante las risas del cura, el barbero y los demás.

De manera que un Sancho malhumorado y resentido se enfrenta con Don Quijote y se dispone a mentirle acerca de su encuentro con Dulcinea. Pero como quiere una revancha del engaño de los pollinos y de los palos va a hacer una descripción que choca con la que Don Quijote quiere oír.

Podemos ver en la escena como Don Quijote le da pistas a Sancho, le sugiere lo que tiene que decir, para la versión que entra dentro de su juego, y como el resentido Sancho, va rechazando una a una las sugerencias de Don Quijote, y rebajando las características de Dulcinea.

Se puede comprobar en el siguiente texto, con las sugerencias de Don Quijote y las respuestas de Sancho, subrayadas.

-Llegaste, ¿y qué hacía aquella reina de la hermosura? A buen seguro que la hallaste ensartando perlas, o bordando alguna empresa con oro de cañutillo para este su cautivo caballero.

-No la hallé -respondió Sancho- sino ahechando dos hanegas de trigo en un corral de su casa.

-Pues haz cuenta -dijo don Quijote- que los granos de aquel trigo eran granos de perlas, tocados de sus manos. Y si miraste, amigo, el trigo ¿era candeal, o trechel?

-No era sino rubión -respondió Sancho.

-Pues yo te aseguro -dijo don Quijote- que, ahechado por sus manos, hizo pan candeal, sin duda alguna. Pero pasa adelante: cuando le diste mi carta, ¿besola? ¿Púsosela sobre la cabeza? ¿Hizo alguna ceremonia digna de tal carta, o qué hizo?

-Cuando yo se la iba a dar -respondió Sancho-, ella estaba en la fuga del meneo de una buena parte de trigo que tenía en la criba, y díjome: «Poned, amigo, esa carta sobre aquel costal, que no la puedo leer hasta que acabe de acribar todo lo que aquí está».

-¡Discreta señora! -dijo don Quijote-. Eso debió de ser por leerla despacio y recrearse con ella. Adelante, Sancho: y, en tanto que estaba en su menester, ¿qué coloquios pasó contigo? ¿Qué te preguntó de mí? Y tú, ¿qué le respondiste? Acaba, cuéntamelo todo; no se te quede en el tintero una mínima.

-Ella no me preguntó nada -dijo Sancho-, mas yo le dije

de la manera que vuestra merced, por su servicio, quedaba haciendo penitencia, desnudo de la cintura arriba, metido entre estas sierras como si fuera salvaje, durmiendo en el suelo, sin comer pan a manteles ni sin peinarse la barba, llorando y maldiciendo su fortuna.

-En decir que maldecía mi fortuna dijiste mal -dijo don Quijote-, porque antes la bendigo y bendeciré todos los días de mi vida, por haberme hecho digno de merecer amar tan alta señora como Dulcinea del Toboso.

-Tan alta es -respondió Sancho-, que a buena fe que me lleva a mí más de un codo.

-Pues, ¿cómo, Sancho? -dijo don Quijote-. ¿Haste medido tú con ella?

-Medime en esta manera -respondió Sancho-: que, llegándole a ayudar a poner un costal de trigo sobre un jumento, llegamos tan juntos que eché de ver que me llevaba más de un gran palmo.

-Pues ¿es verdad -replicó don Quijote- que no acompaña esa grandeza y la adorna con mil millones y gracias del alma! Pero no me negarás, Sancho, una cosa: cuando llegaste junto a ella, ¿no sentiste un olor sabeo, una fragancia aromática, y un no sé qué de bueno, que yo no acierto a dalle nombre? Digo, ¿un tuho o tufo como si estuvieras en la tienda de algún curioso guantero?

-Lo que sé decir -dijo Sancho- es que sentí un olorcillo algo hombruno; y debía de ser que ella, con el mucho ejercicio, estaba sudada y algo correosa.

-No sería eso -respondió don Quijote-, sino que tú debías de estar romadizado, o te debiste de oler a ti mismo; porque yo sé bien a lo que huele aquella rosa entre espinas, aquel lirio del campo, aquel ámbar desleído.

-Todo puede ser -respondió Sancho-, que muchas veces sale de mí aquel olor que entonces me pareció que salía de su merced de la señora Dulcinea; pero no hay de qué maravillarse, que un diablo parece a otro.

-Y bien -prosiguió don Quijote-, he aquí que acabó de limpiar su trigo y de enviallo al molino. ¿Qué hizo cuando leyó la carta?

-La carta -dijo Sancho- no la leyó, porque dijo que no sabía leer ni escribir; antes, la rasgó y la hizo menudas

piezas, diciendo que no la quería dar a leer a nadie, porque no se supiesen en el lugar sus secretos, y que bastaba lo que yo le había dicho de palabra acerca del amor que vuestra merced le tenía y de la penitencia extraordinaria que por su causa quedaba haciendo. Y, finalmente, me dijo que dijese a vuestra merced que le besaba las manos, y que allí quedaba con más deseo de verle que de escribirle; y que, así, le suplicaba y mandaba que, vista la presente, saliese de aquellos matorrales y se dejase de hacer disparates, y se pusiese luego en camino del Toboso, si otra cosa de más importancia no le sucediese, porque tenía gran deseo de ver a vuestra merced. Riose mucho cuando le dije como se llamaba vuestra merced el Caballero de la Triste Figura. Preguntele si había ido allá el vizcaíno de marras; díjome que sí, y que era un hombre muy de bien. También le pregunté por los galeotes, mas díjome que no había visto hasta entonces alguno.

-Todo va bien hasta agora -dijo don Quijote-. Pero dime: ¿qué joya fue la que te dio, al despedirte, por las nuevas que de mí le llevaste? Porque es usada y antigua costumbre entre los caballeros y damas andantes dar a los escuderos, doncellas o enanos que les llevan nuevas, de sus damas a ellos, a ellas de sus andantes, alguna rica joya en albricias, en agradecimiento de su recado.

-Bien puede eso ser así, y yo la tengo por buena usanza; pero eso debió de ser en los tiempos pasados, que ahora sólo se debe de acostumar a dar un pedazo de pan y queso, que esto fue lo que me dio mi señora Dulcinea, por las bardas de un corral, cuando della me despedí; y aun, por más señas, era el queso ovejuno.

-Es liberal en extremo -dijo don Quijote-, y si no te dio joya de oro, sin duda debió de ser porque no la tendría allí a la mano para dártela; pero buenas son mangas después de Pascua: yo la veré, y se satisfará todo. ¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de tres días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas; por lo cual me doy a entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo (porque por fuerza le hay, y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante); digo que este tal te debió de ayudar a caminar, sin que tú lo sintieses; que hay sabio éstos que coge a un caballero andante durmiendo en su cama, y, sin saber cómo o en qué manera, amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció. [...] Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso,

pues, como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas, sin que tú lo sintieses.

A lo largo de todo el diálogo, Don Quijote no cesa de hacerle indicaciones a Sancho, para encauzarle en su invención, pero Sancho, tozudamente, se niega a seguir la dirección que marca Don Quijote y rebaja todas las cualidades de Dulcinea. Podemos comparar las dos versiones de la historia: la que propone Don Quijote y la que responde Sancho.

Don Quijote. Dulcinea, reina de hermosura, esté en su palacio, ensartando perlas y bordando con oro, pensando en su caballero. Cuando llega la carta de Don Quijote, la besa, la pone sobre la cabeza, y la reserva para leerla más tarde y disfrutar de ella. Se acerca luego al mensajero, que así puede darse cuenta de su delicado olor y perfume y le entrega una valiosa joya, como regalo, en agradecimiento de la carta de Don Quijote.

Sancho. Dulcinea, una mujer grande y fuerte que saca a Sancho más de veinte centímetros de altura está cribando un enorme montón de trigo. Le dice a Sancho que deje la carta sobre un costal de paja, y Sancho, cuando se acerca a ayudarla a mover el costal, siente un olor hombruno de fuerte sudor. Después Dulcinea, como no sabe leer, rompe la carta y le da a Sancho, sin salir del corral, pan y queso para el viaje.

Ante las continuas salidas de pata de banco de Sancho, Don Quijote se impacienta. *¿Sabes de qué estoy maravillado, Sancho? De que me parece que fuiste y veniste por los aires, pues poco más de tres días has tardado en ir y venir desde aquí al Toboso, habiendo de aquí allá más de treinta leguas.* Es decir que Don Quijote está advirtiéndole a Sancho de que sabe perfectamente que no ha visto a Dulcinea. En lenguaje moderno: *Sancho, ya está bien, que no soy gilipollas.* Esto es un juego pero Don Quijote quiere dar a entender a Sancho que comprende como son las cosas. Claro está que inmediatamente le brinda la solución a Sancho, por que lo que no quiere, bajo ningún concepto es que la realidad entre en las explicaciones que su escudero le está dando: *Por lo cual me doy a entender que aquel sabio nigromante que tiene cuenta con mis cosas y es mi amigo (porque por fuerza le hay, y le ha de haber, so pena que yo no sería buen caballero andante); digo que este tal te debió de ayudar a caminar, sin que tú lo sintieses; que hay sabio éstos que coge a un caballero andante durmiendo en su cama, y, sin saber cómo o en qué manera, amanece otro día más de mil leguas de donde anocheció. [...] Así que, amigo Sancho, no se me hace dificultoso creer que en tan breve tiempo hayas ido y venido desde este lugar al del Toboso, pues, como tengo dicho, algún sabio amigo te debió de llevar en volandillas, sin que tú lo sintieses.* Sin salir del juego, Don Quijote le saca a Sancho una tarjeta amarilla. Y Sancho, prudentemente la acepta y no niega la explicación de Don Quijote. *-Así sería -dijo Sancho-; porque a buena fe que andaba Rocinante como si fuera asno de gitano con azogue en los oídos.*

El encantamiento de Dulcinea. (Texto 8)

Estamos al principio de la segunda parte. En esta nueva salida Don Quijote le tiene reservada una a Sancho. En el encuentro imaginario que Sancho narró, Dulcinea ha mandado un mensaje a Don Quijote para que vaya a verla. Don Quijote, como buen caballero andante, una vez que se ve en libertad, tiene que cumplir el compromiso. Y al Toboso se van caballero y escudero y Don Quijote pone en un brete a Sancho. El escudero mantuvo en su momento que había visto a Dulcinea, por lo tanto sería el guía del caballero. Sancho desesperado, inventa todas las razones que puede para buscar el palacio de Dulcinea: no se acuerda del camino, no es hora de llamar a su puerta, pues ya es de noche y finalmente reconoce, ya desesperado, que nunca ha visto a Dulcinea, y que todo lo que había contado de su encuentro era un invento. Pero Don Quijote no le deja escapar tan fácilmente. Se niega a creerle y le manda a buscar al pueblo a Dulcinea mientras él espera fuera. Sancho, buscando la manera de salir del lío en el que se ha metido, discurre una salida: llevará a Don Quijote ante la primera mujer del pueblo que encuentre y jurará y perjuraré que esa es la bella y sin par Dulcinea del Toboso.

Vamos marcando en el texto, con los alumnos, los elementos principales de esta aventura.

En primer lugar la entrada en el Toboso, de noche:

En fin, otro día, al anochecer, descubrieron la gran ciudad del Toboso, con cuya vista se le alegraron los espíritus a don Quijote y se le entristecieron a Sancho, porque no sabía la casa de Dulcinea, ni en su vida la había visto, como no la había visto su señor; de modo que el uno por verla, y el otro por no haberla visto, estaban alborotados, y no imaginaba Sancho qué había de hacer cuando su dueño le enviase al Toboso. Finalmente, ordenó don Quijote entrar en la ciudad entrada la noche, y, en tanto que la hora se llegaba, se quedaron entre unas encinas que cerca del Toboso estaban, y, llegado el determinado punto, entraron en la ciudad.

Las excusas de Sancho:

-Señor -dijo Sancho-, ya que vuestra merced quiere, a pesar mío, que sea alcázar la casa de mi señora Dulcinea, ¿es hora ésta por ventura de hallar la puerta abierta? Y ¿será bien que demos aldabazos para que nos oyan y nos abran, metiendo en alboroto y rumor toda la gente? ¿Vamos por dicha a llamar a la casa de nuestras mancebas, como hacen los abarraganados, que llegan, y llaman, y entran a cualquier hora, por tarde que sea?

-Yo me reportaré -respondió Sancho-; pero, ¿con qué paciencia podré llevar que quiera vuestra merced que de sola una vez que vi la casa de nuestra ama, la haya de saber siempre y hallarla a media noche, no hallándola vuestra merced, que la debe de haber visto millares de veces?

-Tú me harás desesperar, Sancho -dijo don Quijote-. Ven acá, hereje: ¿no te he dicho mil veces que en todos los días de mi vida no he visto a la sin par Dulcinea, ni jamás atravesé los umbrales de su palacio, y que sólo estoy enamorado de oídas y de la gran fama que tiene de hermosa y discreta?

-Ahora lo oigo -respondió Sancho-; y digo que, pues vuestra merced no la ha visto, ni yo tampoco...

-Eso no puede ser -replicó don Quijote-; que, por lo menos, ya me has dicho tú que la viste ahechando trigo, cuando me trujiste la respuesta de la carta que le envié contigo.

-No se atenga a eso, señor -respondió Sancho-, porque le hago saber que también fue de oídas la vista y la respuesta que le truje; porque, así sé yo quién es la señora Dulcinea como dar un puño en el cielo.

-Sancho, Sancho -respondió don Quijote-, tiempos hay de burlar, y tiempos donde caen y parecen mal las burlas. No porque yo diga que ni he visto ni hablado a la señora de mi alma has tú de decir también que ni la has hablado ni visto, siendo tan al revés como sabes.

Las indicaciones de Don Quijote:

Anda, hijo -replicó don Quijote-, y no te turbes cuando te vieres ante la luz del sol de hermosura que vas a buscar. ¡Dichoso tú sobre todos los escuderos del mundo! Ten memoria, y no se te pase della cómo te recibe: si muda los colores el tiempo que la estuvieres dando mi embajada; si se desasosiega y turba oyendo mi nombre; si no cabe en la almohada, si acaso la hallas sentada en el estrado rico de su autoridad; y si está en pie, mírala si se pone ahora sobre el uno, ahora sobre el otro pie; si te repite la respuesta que te diere dos o tres veces; si la muda de blanda en áspera, de aceda en amorosa; si levanta la mano al cabello para componerle, aunque no esté desordenado; finalmente, hijo,

mira todas sus acciones y movimientos; porque si tú me los relatares como ellos fueron, sacaré yo lo que ella tiene escondido en lo secreto de su corazón acerca de lo que al fecho de mis amores toca; que has de saber, Sancho, si no lo sabes, que entre los amantes, las acciones y movimientos exteriores que muestran, cuando de sus amores se trata, son certísimos correos que traen las nuevas de lo que allá en lo interior del alma pasa. Ve, amigo, y guíete otra mejor ventura que la mía, y vuélvate otro mejor suceso del que yo quedo temiendo y esperando en esta amarga soledad en que me dejas.

El razonamiento de Sancho:

No será muy difícil hacerle creer que una labradora, la primera que me topare por aquí, es la señora Dulcinea; y, cuando él no lo crea, juraré yo; y si él jurare, tornaré yo a jurar; y si porfiare, porfiaré yo más, y de manera que tengo de tener la mía siempre sobre el hito, venga lo que viniere. Quizá con esta porfía acabaré con él que no me envíe otra vez a semejantes mensajerías, viendo cuán mal recado le traigo dellas, o quizá pensará, como yo imagino, que algún mal encantador de estos que él dice que le quieren mal la habrá mudado la figura por hacerle mal y daño.

El encuentro con las aldeanas:

-Pique, señor, y venga, y verá venir a la princesa, nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver.

-Yo no veo, Sancho -dijo don Quijote-, sino a tres labradoras sobre tres borricos.

-Reina y princesa y duquesa de la hermosura, vuestra altivez y grandeza sea servida de recibir en su gracia y buen talente al cautivo caballero vuestro, que allí está hecho piedra mármol, todo turbado y sin pulsos de verse ante vuestra

magnífica presencia. Yo soy Sancho Panza, su escudero, y él es el asendereado caballero don Quijote de la Mancha, llamado por otro nombre el Caballero de la Triste Figura.

A esta sazón, ya se había puesto don Quijote de hinojos junto a Sancho, y miraba con ojos desencajados y vista turbada a la que Sancho llamaba reina y señora, y, como no descubría en ella sino una moza aldeana, y no de muy buen rostro, porque era carirredonda y chata, estaba suspenso y admirado, sin osar desplegar los labios.

-Levántate, Sancho -dijo a este punto don Quijote-, que ya veo que la Fortuna, de mi mal no harta, tiene tomados los caminos todos por donde pueda venir algún contento a esta ánima mezquina que tengo en las carnes. Y tú, ¡oh extremo del valor que puede desearse, término de la humana gentileza, único remedio deste afligido corazón que te adora!, ya que el maligno encantador me persigue, y ha puesto nubes y cataratas en mis ojos, y para sólo ellos y no para otros ha mudado y transformado tu sin igual hermosura y rostro en el de una labradora pobre, si ya también el mío no le ha cambiado en el de algún vestiglo, para hacerle aborrecible a tus ojos, no dejes de mirarme blanda y amorosamente, echando de ver en esta sumisión y arrodillamiento que a tu contrahecha hermosura hago, la humildad con que mi alma te adora.

Después de marcar estos párrafos del texto podemos plantear a los alumnos una serie de preguntas:

¿Por qué Don Quijote da orden de esperar a la noche para entrar en el Toboso? ¿Por qué, cuando Sancho reconoce que no ha visto a Dulcinea, se niega a creerle, pero admite salir del pueblo y esperar a Sancho mientras éste va a ver, otra vez, a Dulcinea? ¿Qué es lo que está diciendo a Sancho con las indicaciones que le hace sobre lo que tiene que fijarse en Dulcinea? ¿Cuál es el cambio en Sancho, que evolución ha sufrido, en este episodio? ¿Por qué Don Quijote acepta la visión de Sancho?

La intención es dirigir el debate haciendo que salgan a la luz varias cuestiones.

- Al indicar que no se entre en el Toboso hasta la noche, Don Quijote por un lado hace esperar a Sancho, para que se ponga más nervioso y por otra parte hace casi imposible que encuentren a alguien, por que en un pueblo, en esos años, y por la noche no hay un alma. Don Quijote no quiere ningún encuentro que altere la imagen que mantiene de Dulcinea, pero tiene una cuenta pendiente con la injuriosa descripción que hizo Sancho, en la primera parte y quiere castigarle.

- Acepta salir del pueblo porque el castigo de Sancho ya ha sido bastante cuando reconoce que nunca ha visto a Dulcinea. Don Quijote dice no creerle pero sólo en ese momento le deja a solas para que pueda de nuevo volver al punto en el que Sancho le había fallado en la primera parte. De nuevo Sancho es el encargado de ver a Dulcinea y de transmitir a Don Quijote su visión. Pero esta vez no le va a fallar a Don Quijote.
- Cuando se separan Don Quijote vuelve a utilizar la misma estrategia que en el texto que vimos anteriormente: le da el pie a Sancho para su invención, le indica la dirección que debe seguir.
- Sancho, en esta aventura entra de lleno en el juego del Quijote. Hace una transformación de la realidad, apoyado en una metáfora por similitud (las labradoras en burro se transforman en Dulcinea y dos damas en hacaneas) y la transformación de la realidad se hace en un sentido enaltecedor que encaje con la visión general que Don Quijote presenta de su mundo.
- Don Quijote acepta la visión de Sancho por que Sancho ha hecho lo que él quería: ha admitido como cierta la naturaleza de Dulcinea, la que Don Quijote había imaginado y que Sancho ya había negado por dos veces (cuando se entera de su identidad y cuando la falsa entrevista). En vez de la virago maloliente y sudorosa que ha presentado en la visión anterior ahora Sancho habla de oro, perlas, diamantes, rayos del sol y brocados. Todo a tono con la visión que antes le proponía Don Quijote. Es el triunfo de Don Quijote, la qui jotización de Sancho.

Punto cuarto. «Créeme tú, para creerte yo»

Seguimos en la segunda parte. Don Quijote, se adentra solo en una cueva, apenas está media hora dentro y cuando sale cuenta que ha estado en la cueva tres días y narra una complicada historia: la historia de la cueva de Montesinos. Sancho dice abiertamente que no cree lo que dice Don Quijote y lo repite varias veces, aunque muchos testigos allí presentes se espantan de la insolencia del criado.

Más adelante, en el castillo de los duques, es Sancho quien cuenta una complicada historia. Le han subido, junto con Don Quijote, a Clavileño, el caballo de madera, y afirma que ha llegado hasta las estrellas. Todos los asistentes disfrutan con la invención de Sancho y cuando Don Quijote y Sancho se quedan solos, Don Quijote le dice a Sancho una frase que es necesario explicar en cualquier interpretación que se haga del personaje.

En el episodio de la cueva de Montesinos (Texto 9) llama la atención un párrafo en el que el narrador toma la palabra:

Dice el que tradujo esta grande historia del original, de la que escribió su primer autor Cide Hamete Benengeli, que, llegando al capítulo de la aventura de la cueva de Montesinos, en el margen dél estaban escritas, de mano del

mesmo Hamete, estas mismas razones:

«No me puedo dar a entender, ni me puedo persuadir, que al valeroso don Quijote le pasase puntualmente todo lo que en el antecedente capítulo queda escrito: la razón es que todas las aventuras hasta aquí sucedidas han sido contingibles y verisímiles, pero ésta desta cueva no le hallo entrada alguna para tenerla por verdadera, por ir tan fuera de los términos razonables. Pues pensar yo que don Quijote mintiese, siendo el más verdadero hidalgo y el más noble caballero de sus tiempos, no es posible; que no dijera él una mentira si le asaetaran. Por otra parte, considero que él la contó y la dijo con todas las circunstancias dichas, y que no pudo fabricar en tan breve espacio tan gran máquina de disparates; y si esta aventura parece apócrifa, yo no tengo la culpa; y así, sin afirmarla por falsa o verdadera, la escribo. Tú, lector, pues eres prudente, juzga lo que te pareciere, que yo no debo ni puedo más; puesto que se tiene por cierto que al tiempo de su fin y muerte dicen que se retrató della, y dijo que él la había inventado, por parecerle que convenía y cuadraba bien con las aventuras que había leído en sus historias».

Hemos subrayado dos elementos importantes de esta declaración de Cide Hamete: en primer lugar que esta es la primera aventura fantástica que aquí ocurre y eso es cierto en el sentido de que es una pura invención, no una metáfora como las que hasta ahora había usado Don Quijote. Pero más interesante aún es la segunda frase subrayada, pues nos indica de nuevo hasta qué punto no nos podemos fiar del narrador. La retractación de la aventura de la Cueva de Montesinos no figura en la versión de la historia de Don Quijote que el narrador nos presenta: es decir que en el libro que conocemos ese episodio no aparece. Por otra parte esta cita del original de Cide Hamete nos indica que tal cosa pasó. ¿Por qué el narrador nos ha escamoteado esta parte de la historia? Porque si Don Quijote reconoce que ha mentido, que ha encajado una historia inventada porque le venía bien a su personaje, este reconocimiento es una prueba de que no está loco, de que sus actos son conscientes. Inventar una historia, porque viene bien al personaje que se pretende crear es un acto muy cuerdo (a no ser que pensemos que todos los novelistas están locos) y desde luego muy en consonancia con el personaje del jugador que estamos viendo. Y ocultar una parte de la historia también encaja con el proceder del narrador y del juego que se trae para disfrazar la verdad.

Esta declaración que aparece en el libro después de que Don Quijote haya contado la aventura de la cueva de Montesinos (Texto 10). Hay dos elementos fundamentales sobre los que hay que llamar la atención en este asunto: la incredulidad de Sancho y el modo en que Don Quijote le contesta, por una parte, y las notas de ironía con la que Don Quijote presenta su historia. Podemos quedarnos solamente con algunas partes que hemos marcado del relato de Don Quijote, y numerarlas para mayor claridad.

1

-Debía de ser -dijo a este punto Sancho- el tal puñal de Ramón de Hoces, el sevillano.

-No sé -prosiguió don Quijote-, pero no sería dese puñalero, porque Ramón de Hoces fue ayer, y lo de Roncesvalles, donde aconteció esta desgracia, ha muchos años; y esta averiguación no es de importancia, ni turba ni altera la verdad y contesto de la historia.

-Así es -respondió el primo-; prosiga vuestra merced, señor don Quijote, que le escucho con el mayor gusto del mundo.

-No con menor lo cuento yo.

2

...mano derecha [de Durandarte] (que, a mi parecer, es algo peluda).

3

eché un poco de sal en vuestro corazón, porque no oliese mal, y fuese, si no fresco, a lo menos amojamado [Montesinos a Durandarte].

4

«Y cuando así no sea -respondió el lastimado Durandarte con voz desmayada y baja-, cuando así no sea, ¡oh primo!, digo, paciencia y barajar».

5

Su turbante era mayor dos veces que el mayor de alguna de las otras; era cejijunta y la nariz algo chata; la boca grande, pero colorados los labios; los dientes, que tal vez los descubría, mostraban ser ralos y no bien puestos, aunque eran blancos como unas peladas almendras; traía en las manos un lienzo delgado, y entre él, a lo que pude divisar, un corazón de carne momia, según venía seco y amojamado. [Descripción de Belerma].

6

Si me había parecido algo fea, o no tan hermosa como tenía la fama, era la causa las malas noches y peores días que en aquel encantamento pasaba, como lo podía ver en sus grandes ojeras y en su color quebradiza. «Y no toma ocasión su amarillez y sus ojeras de estar con el mal mensil, ordinario en las mujeres, porque ha muchos meses, y aun años, que no le tiene ni asoma por sus puertas» [Montesinos a Don Quijote].

7

-Y aun me maravillo yo -dijo Sancho- de cómo vuestra merced no se subió sobre el vejote, y le molió a coces todos los huesos, y le peló las barbas, sin dejarle pelo en ellas.

-No, Sancho amigo -respondió don Quijote-, no me estaba a mí bien hacer eso, porque estamos todos obligados a tener respeto a los ancianos, aunque no sean caballeros, y principalmente a los que lo son y están encantados; yo sé bien que no nos quedamos a deber nada en otras muchas demandas y respuestas que entre los dos pasamos.

-Aquí encaja bien el refrán -dijo Sancho- de dime con quién andas, decirte he quién eres: ándase vuestra merced con encantados ayunos y vigilantes, mirad si es mucho que ni coma ni duerma mientras con ellos anduviere. Pero perdóneme vuestra merced, señor mío, si le digo que de todo cuanto aquí ha dicho, lléveme Dios, que iba a decir el diablo, si le creo cosa alguna.

8

Tres labradoras que por aquellos amenísimos campos iban saltando y brincando como cabras; y, apenas las hube visto, cuando conocí ser la una la sin par Dulcinea del Toboso, y las otras dos aquellas mismas labradoras que venían con ella, que hablamos a la salida del Toboso. [Don Quijote a Sancho].

9

Algunas señoras principales encantadas, que pocos días

había que en aquellos prados habían parecido [Montesinos sobre Dulcinea].

10

Cuando Sancho Panza oyó decir esto a su amo, pensó perder el juicio, o morirse de risa; que, como él sabía la verdad del fingido encanto de Dulcinea, de quien él había sido el encantador y el levantador de tal testimonio, acabó de conocer indubitablemente que su señor estaba fuera de juicio y loco de todo punto; y así, le dijo:

11

-En mala coyuntura y en peor sazón y en aciago día bajó vuestra merced, caro patrón mío, al otro mundo, y en mal punto se encontró con el señor Montesinos, que tal nos le ha vuelto. Bien se estaba vuestra merced acá arriba con su entero juicio, tal cual Dios se le había dado, hablando sentencias y dando consejos a cada paso, y no agora, contando los mayores disparates que pueden imaginarse.

-Como te conozco, Sancho -respondió don Quijote-, no hago caso de tus palabras.

Ni yo tampoco de las de vuestra merced -replicó Sancho-, siquiera me hiera, siquiera me mate por las que le he dicho, o por las que le pienso decir si en las tuyas no se corrige y enmienda. Pero dígame vuestra merced, ahora que estamos en paz: ¿cómo o en qué conoció a la señora nuestra ama? Y si la habló, ¿qué dijo, y qué le respondió?

-Conocila -respondió don Quijote- en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me le mostraste. Hábléla, pero no me respondió palabra; antes, me volvió las espaldas, y se fue huyendo con tanta priesa, que no la alcanzara una jara.

12

Se llegó a mí por un lado, sin que yo la viese venir, una de las dos compañeras de la sin ventura Dulcinea, y, llenos los ojos de lágrimas, con turbada y baja voz, me dijo: «Mi señora Dulcinea del Toboso besa a vuestra merced las manos, y suplica a vuestra merced se la haga de hacerla saber cómo está; y que, por estar en una gran necesidad, asimismo

suplica a vuestra merced, cuan encarecidamente puede, sea servido de prestarle sobre este faldellín que aquí traigo, de cotonía, nuevo, media docena de reales, o los que vuestra merced tuviere, que ella da su palabra de volvérselos con mucha brevedad». Suspendiome y admirome el tal recado, y, volviéndome al señor Montesinos, le pregunté: «¿Es posible, señor Montesinos, que los encantados principales padecen necesidad?» A lo que él me respondió «Créame vuestra merced, señor don Quijote de la Mancha, que ésta que llaman necesidad adondequiera se usa, y por todo se estiende, y a todos alcanza, y aun hasta los encantados no perdona; y, pues la señora Dulcinea del Toboso envía a pedir esos seis reales, y la prenda es buena, según parece, no hay sino dárselos; que, sin duda, debe de estar puesta en algún grande aprieto». «Prenda, no la tomaré yo -le respondí-, ni menos le daré lo que pide, porque no tengo sino solos cuatro reales»; los cuales le di (que fueron los que tú, Sancho, me diste el otro día para dar limosna a los pobres que topase por los caminos).

13

Y, tomando los cuatro reales, en lugar de hacerme una reverencia, hizo una cabriola, que se levantó dos varas de medir en el aire.

14

-¡Oh santo Dios! -dijo a este tiempo dando una gran voz Sancho-. ¿Es posible que tal hay en el mundo, y que tengan en él tanta fuerza los encantadores y encantamientos, que hayan trocado el buen juicio de mi señor en una tan disparatada locura? ¡Oh señor, señor, por quien Dios es, que vuestra merced mire por sí y vuelva por su honra, y no dé crédito a esas vaciedades que le tienen menguado y descabalado el sentido!

-Como me quieres bien, Sancho, hablas desa manera -dijo don Quijote-; y, como no estás experimentado en las cosas del mundo, todas las cosas que tienen algo de dificultad te parecen imposibles; pero andará el tiempo, como otra vez he dicho, y yo te contaré algunas de las que allá abajo he visto, que te harán creer las que aquí he contado, cuya verdad ni admite réplica ni disputa.

De estos catorce fragmentos se pueden extraer unas conclusiones. Una serie de preguntas a los alumnos sobre los textos deberían ayudar a que llegaran a esas conclusiones

- En primer lugar: la historia fantástica y caballeresca de Durandarte y Belerma (fragmentos 2, 3, 4, 5 y 6), se cuenta mezclada con unos elementos que la ridiculizan y rebajan. A las alturas del curso en las que se explica el *Quijote*, los alumnos ya han conocido la novela idealista pastoril y caballeresca y por tanto son más conscientes de las anormalidades que aquí aparecen. De la idealización normal que constituye un relato de caballerías pasamos a un detallismo propio de una narración humorística o picaresca: Durandarte tiene la mano peluda, dice refranes (paciencia y barajar) para contrastar con las poesías que acaba de recitar, Montesinos cuenta que tiene que conservar el corazón de Durandarte en sal, para que no se pudra y que por eso llega a su amada seco y retorcido (*amojado*), Belerma, en lugar de ser una reina de belleza, tiene los dientes mal colocados las cejas juntas y es demasiado chata. Además de tanto esperar en la cueva ya ha envejecido y se le ha retirado la menstruación...
- En segundo lugar esa visión rebajadora abarca a la misma Dulcinea (fragmentos 8, 9, 12 y 13), que primero aparece, «triscando como una cabra» y luego a través de su doncella, pidiendo dinero a Don Quijote, y ofreciéndole en garantía un *faldellín de cotonía* (falda corta de tela de cordoncillo). Evidentemente este tipo de relación entre un caballero andante y su dama es imposible en el universo ideal de las novelas caballerescas. La visión rebajadora aumenta cuando la doncella de Dulcinea en lugar de hacer una reverencia se dedica a hacer cabriolas como una acróbata de circo.
- En tercer lugar, la incredulidad de Sancho y las respuestas de Don Quijote (fragmentos 1, 7, 11 y 14). Sancho desde el principio oye la historia con sorna (cuando menciona el puñal de Ramón de Hoces) y Don Quijote aún antes de que Sancho le acuse de mentir ya está proclamando que lo que cuenta es cierto (fragmento 1) aunque en ese mismo fragmento dice también que está disfrutando mucho al contarlo. En los fragmentos posteriores en que Sancho habla asistimos a una situación nueva en la novela: Sancho nunca ha afirmado que Don Quijote mienta y nunca le ha dicho con tanta claridad que está loco. Pero Don Quijote no se encrespa ni enfada, insiste en que lo que cuenta es verdad y en un momento, en el fragmento 11, le dice a Sancho que conoció a Dulcinea en que traía los mismos vestidos que llevaba cuando Sancho la describió en la aventura del encantamiento de Dulcinea (*la princesa, nuestra ama, vestida y adornada, en fin, como quien ella es. Sus doncellas y ella todas son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento*). Sancho apenas describe vestiduras sino adornos, en una descripción que no es en absoluto identificadora y que puede convenir a cualquier dama que pudiera imaginarse Don Quijote, pero el mensaje de Don Quijote es otro: *¿Después de la mentira que has contado tú, ahora vas a quejarte de las que cuento yo?*. Y ya veremos en el episodio del Clavileño, como se resuelve esta situación. Don Quijote finaliza este pleito con Sancho, diciendo que le contará otras cosas para que vea que la historia es verdad, pero ahí acaba la narración de la cueva de Montesinos. Hasta, como decimos, la aventura del Clavileño.

- Y en cuarto lugar, una nueva aparición del narrador (fragmento 10). Recordemos que el narrador que nos cuenta la novela es un lector, alguien que ha leído el libro original y lo transcribe, y que no sabe lo que piensa Sancho, sino que da su opinión. Y esta opinión que da, como a lo largo de toda la novela, está marcada por una visión previa (Don Quijote loco; Sancho necio) que muchas veces no encaja con lo que ocurre. Y además esta opinión la da de forma tramposa, insertándola en los hechos como si fueran un hecho más.

Don Quijote espera, a que sea el momento adecuado para decir a Sancho que debe creer lo que ha contado. Y espera 18 capítulos (Texto 11). Mientras tanto ambos personajes han llegado al castillo de los duques. Los duques y su corte son unos típicos bromistas españoles, genuinos antecesores de los aburridos clientes del casino de *La Señorita de Trévez* la tragicomedia de Carlos Arniches, de los desalmados jóvenes de *Calle mayor* la desoladora película de Juan Antonio Bardem, y de tantos y tantos urdidores de novatadas crueles y sádicas. Los duques hacen de todo para divertirse con Don Quijote y Sancho, y estos atrapados en sus papeles se dejan hacer. En un momento dado se montan en un caballo de madera, el Clavileño, diciendo que es un caballo encantado en que van a viajar a las estrellas, y sentados allí, les ciegan con humo, encienden luces, provocan explosiones, etc. Cuando todo termina Don Quijote no reconoce haber viajado hasta el cielo, pero Sancho, sí, aceptando con gracejo su papel de bufón. Los duques y los cortesanos se ríen a gusto con las palabras de Sancho y por fin, en un momento que ambos quedan solos Don Quijote puede deslizar unas palabras al oído de Sancho: *Sancho, pues vos queréis que se os crea lo que habéis visto en el cielo, yo quiero que vos me creáis a mí lo que vi en la cueva de Montesinos; y no os digo más.*

Los alumnos deben aquí intentar dar una explicación coherente de las palabras de Don Quijote. El papel del profesor es, mediante preguntas, hacerles ver el cálculo, el pensamiento que hay detrás de las palabras de Don Quijote, que no son las de un loco, sino las de una mente lúcida y despierta, muy cuerda. Y no está de más informar a los alumnos de que esas palabras constituyen un auténtico punto final. En el resto de la novela, Sancho no vuelve a mencionar a Montesinos ni da muestras de incredulidad ante nada de lo que le dice Don Quijote. Éste por su parte no vuelve a referirse al Clavileño.

Ni Don Quijote dice más, ni Sancho responde: ambos jugadores se comprenden.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

